



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Rafael Torromé.)



Tiene nervio, inspiración
y vigorosa energía,
y no escribe una *Ironía*
que no llame la atención.

SUMARIO

Taxco: De todo un poco, por Luis Taboada.—Zarandajas, por Juan Pérez Zúñiga.—Segundo apunte, por Eduardo de Palacio.—¿Qué dirá Dios?, por Luis de Ansoarena.—El estreno ó tribulaciones de un padre, por Luis González Gil.—Amorosas, por Simón Delgado.—Historia corta, por Rafael López de Haro.—Libros.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Rafael Torromé.—Temor justificado.—Políticos y Administración (cuatro viñetas).—La pitirra de moda.—¿Los ven ustedes?, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Mientras estuvo aquí el rey de Siam ha habido mucha animación en Madrid y la gente salía á la calle con el deseo de conocerle y de alternar con él, si venía á mano.

Pero el rey se fué á Sevilla, y todo ha vuelto á adquirir cierto carácter de tristeza que nos abruma.

La mayoría de los vecinos permanecen todo el día en sus casas

pensando en las desdichas del país, y sólo salen á paseo los poderosos, los que tienen cubiertas las atenciones todas, los que han podido desempeñar la ropa de entretiem po...

Entre los que se exhiben todas las tardes en el paseo de coches brilla por sus alhajas la viuda de Barrigón, el que vendía chorizos hechos con carne de gato viejo y se murió nadando en la opulencia. La viuda esperó que falleciese el choricero para echar coche, y ahora lo usa en todas las circunstancias de su vida: para salir á paseo, para visitar á las amigas y para ir á armarle escándalos á la lavandera cuando ésta le pierde una chambrea.

La viuda de Barrigón vive en el mejor de los mundos, y se considera una de las mujeres más dichosas de este hemisferio.

Lo único que la molesta es el corsé y los guantes; pero poco á poco se le van acostumbrando los dedos á vivir en la esclavitud y ya funcionan como cuando vendían chorizos. ¡Ay! pero siempre que le entran deseos de rascarse, pasa las penas del purgatorio. Más de una vez ha tenido que decir á una amiga que la acompañaba y á quien protege:

—Isidora, méteme el abanico con disimulo por el hombro y arráscame, que me deshago.

La otra tarde, cuando salía de su casa, tuvo ocasión de verla junto al coche conferenciando con el lacayo.

—¿Adónde?—preguntaba éste descubriéndose con todo respeto.

—¿Adónde ha de ser? ¡Paces memo! Al Retiro, ¡redios!

**

Las de Salchicha han regresado de su viaje á Gijón hace ya muchos días, pero nadie ha tenido el gusto de verlas en parte alguna.

No falta quien afirma que no pueden asistir á los teatros por falta de recursos, y para disculpar su ausencia dicen que se les ha muerto un tío carnal y canónigo de Tarazona.

—Pero ¿dónde se meten ustedes?—se les pregunta.

Y contesta la mamá enjugándose un ojo:

—¡Ay! No nos hable usted de diversiones. Hemos tenido una desgracia horrorosa. El tío Fructuoso, que era un verdadero ángel, dejó de existir en lo mejor de su edad.

—¡Pobre tío!—exclaman las hijas, apoyando la frente en el costurero.

No hay semejante tío; lo que hay es que las de Salchicha se metieron en gastos superiores á sus fuerzas, y ahora viven en la mayor de las estrecheces y están comiendo hígado de vaca desde el día de su regreso.

—Señorita—dice á lo mejor la criada,—me ha dicho el carnicero que ya no tiene hígado.

—¿Cómo?

—Que si no le pagan ustedes lo de atrás no vuelve á despacharme.

—¡Ingrato! ¡Desagradecido! ¡Tratar así á unas parroquianas como nosotras, que venimos tomándole el hígado desde hace dos años!

El casero también se muestra cruel y despiadado con las de Salchicha, y eso que ellas han tenido la precaución de regalarle unas conchas cuando regresaron del verano.

—Para que vea usted que no le olvidamos—le hablan dicho al entregarle el obsequio.

—¿Qué es ello?—preguntó el propietario.

—Unas conchitas que le traem s á usted, como recuerdo, para que juegue su señora.

—Está bien; pero conste que no me han pagado ustedes desde Julio.

—La muerte del tío nos ha trastornado.

—Aquí no hay más tío que yo.

Efectivamente, este casero es un tío, porque las de Salchicha me recen algo de consideración, no sólo por las conchas, sino por su estado gástrico. Á consecuencia del verano tienen hoy el estómago lo mismo que un tubo; no hacen más que quitarse el corsé y se trasparentan.

**

¿Quién, siendo hombre público, puede sustraerse á los compromisos? Todos ellos se ven agobiados por las recomendaciones más ó menos ineludibles, y hay quien entra en el ministerio y antes de sentarse llama al jefe del personal y le dice:

—Deprísita .. Extienda usted una credencial de 12.000 reales á favor de D. Aquilino Calabacín...

—Perfectamente. ¿Quiere usted algo más?

—No, señor. Sólo quiero que me traiga usted esa credencial en el acto. Es un compromiso de honor. He aceptado la cartera con el único objeto de colocar á D. Aquilino... y que la posteridad me juzgue como quierat

Así se explica que haya algún ministro de quien se dice:

—Es una gran persona. Desempeñó durante año y medio una cartera, y ¿sabe usted qué hizo en todo ese tiempo? Pues se empastó una muela, mandó empapelar una alcoba del ministerio y nombró oficial segundo al hijo de su ama de cría.

**

Estos días hemos vuelto á hablar de los masones, con motivo del recrudescimiento de la rebelión de Filipinas.

Yo, por ahora, no soy masón; pero tengo varios amigos que dicen pertenecer á distintas logias, y desde que ha vuelto á agitarse su asunto en la prensa, no hacen más que hablarse al oído para dar á entender que conocen la palabra sagrada y que se agitan en la sombra.

—Redios, Calígula—dice uno, apoyando los labios en la oreja de su compañero.

—Venga de ahí, Epaminondas—contesta el otro.

Y después resulta que ni son masones, ni saben dónde vive el Gran Oriente, ni cómo se atan los mandiles.

Para masones prácticos, unos que se presentaron en mi pueblo á raíz de la revolución de Septiembre, Alquilaron una casa con destino á logia, congregaron á todos los hombres libres, echaron un guante entre los más pudientes, y se pasaban las veladas comiendo arroz con pollos y bebiendo vino blanco de Rueda.

El casero les echó á la calle, y se acabó la masonería en Vigo.

Luis Taboada.

*

Zarandajas.

I

—Señorita, ha llamado la verdulera, y está en el descansillo de la escalera.

—¿Es la que viene siempre?—¿Café? No, señora!

—Bueno; díla que aguarde, que voy ahora.

—En una cesta plana trae cardo y setas, coliflores, pimientos y cebolletas.

.....
(La señora á la puerta sale volando y la dice á la joven que está esperando.)

—¿Trae usted alcachofas?—¿Ay, qué bromista!

¡Si yo soy la oficiala de la modista!

—¿Pues qué diablus es esto?—¿No se ha fijado?

El sombrero de moda que está ha encargado.

II

—¿Por qué no has de llevar á la verbena tu vestido de cola, Magdalena?
—Porque no pegaría.
—¿De cola y no pegar? ¿Qué tontería!

III

Es tan malo el poema que en Gijón escribió el coronel don Luis Tovar, que á todos los soldados que al faltar se merecen severa corrección, en lugar de mandarlos arrestar, les recita el poema de un tirón.

IV

Á Vicente, que es tanto de la cabeza, se le murió un pariente que estaba en Cieza, y desde allí su padre le escribió un día: «Hijo mío, se ha muerto de pulmonía tu pobrecito tío don Sisebuto. No tienes más remedio que llevar luto. Pero como se trata sólo de un tío, el luto ha de ser corto, querido mío». «¿Que ha de ser corto el luto? (dijo Vicente). Pues bien poco me cuesta ser obediente.» Y se ha hecho unos calzones tan chiquitillos que apenas si le llegan á los tobillos.

V

Si las tripas le duelen á la Para por desgaste ó rotura, se las cose y se queda tan campante; y si se hace en la falda una abertura, se la cose también en un instante. ¡No es Para la primera que cose para dentro y para fuera!

Juan Pérez Truñiga.

Segundo apunte.

Le conocí en una compañía de esas que se forman como las tormentas, para descargar sobre algunas comarcas.

Recorren todos los coliseos de las cabezas de partido y otros pueblos importantes.

Hacen las ferias y hacen cuanto hay que hacer para defensa de la manutención y propaganda del arte escénico.

Palomo—éste era el apellido paterno de aquel artista modesto—sufrió con resignación heroica los rigores del destino social.

Conmigo se «franqueó» un día y me contó su historia.

—Aquí me tiene usted—me dijo—siempre oculto á las miradas del público y soy el alma de las obras. ¡Ah! Si yo no diera las salidas alguna noche, ¿quién llegaría á tiempo á escena?

—Es indudable—afirmé, dispuesto á darle la razón en cuanto dijese para que desahogara sus penas.

—Y á pesar de esto, cobro menos que el último pendejo de la compañía ó de la tribu, que así puede calificarse á esta cuadrilla de bribones. Y siempre segundo apunte, sin poder siquiera llamarle «uno de nuestros primeros apuntes», como se dice de cualquier autor y de cualquier actor menos que medianos.

—Es verdad.

—Donde usted me ve, soy un postergado, no un vencido. He arrancado muchos aplausos y algunos tabacos á ese público que hoy ni me ve ni oye, ni me echa de menos en el arte. He sido primer actor y director en mis cosas; porque siempre he sido respetuoso con lo de las damas y las he dejado que dirigieran lo suyo.

—Eso es muy digno.

—Que hacíamos *Locura de amor*, ellas; que hacíamos *O locura ó santidad*, yo; *La loca de la casa*, ellas; *El loco de la guardilla*, yo.

—No cabe más.

—Pagaba puntualmente las nóminas, siempre que tenía dinero; si no tenía, antes faltaba para mis artistas que para mí. Digo, lo contrario: antes ellos que yo, en caso de no cobrar la nómina.

—Eso es otra cosa.

—Si contábamos con caballo blanco ó siquiera con pollino, le exigía rabiosamente los préstamos y el pago y el cumplimiento del contrato; créame usted, no por mí, sino por los compañeros y por el decoro del arte. He sido siempre esclavo del arte.

—Y cuando no había caballo, la empresa era de infantería.

—Era yo el empresario y, naturalmente, suprimía ciertas formalidades innecesarias entre compañeros.

—Bien hecho.

—Un día ¡día memorable! amanecí sólo en Daimiel: los infames á quienes sacrificaba... mi porvenir y mi tranquilidad, para que no estuviesen parados ni una semana en el año, me dejaron solo. Hice una evolución y me declaré tenor para el género chico, viéndolo que «el verso» iba cada vez peor.

—¿Y cantó usted?

—Sí, señor, canté *El día de la Africana* y *La Africana* sola; pero cuantos tenores furtivos se enteraron de mis condiciones ar-

tísticas, se levantaron como un solo tenor y empezó contra mí una cruzada horrible. Una noche, después de cantar la *Marina* en Peñaranda, me prendieron y fui conducido por tránsitos de justicia al pueblo de mi naturaleza.

—La envidia.

—Eso que usted dice. Después, perdida la voz, perdidas las simpatías, perdido el gusto artístico...

—Todo perdido.

—Me eché á segundo apunte en esta compañía donde está ella.

—¿Quién es ella?

—La primera actriz. Yo, que la he tenido debajo, en mi compañía, como meritoria y sin sueldo. ¡Ah!

—Sin sueldo habrá tenido usted á varios.

—¿Verme obligado á tomar por recomendaciones de ella este mísero pedazo de pan! ¡Y el primer galán que era avisador en una de mis formaciones! Así es que algunas veces siento deseos de matarlos á los dos, pero por no deshacer el cuadro dramático, sufro.

—Un momento; perdone usted...—me dijo de repente.

Iba á llamar al primer actor para que saliese á escena.

—¿Señor Fernández, que va usted á salir!

El señor Fernández apareció en la puerta del cuarto.

Palomo le miró cara á cara.

Y después, disparando una pistola cargada con pólvora sola para que el primer actor la disparase en la escena final del drama, le dijo:

—¡Muere, imbécil!

Fernández lanzó un «¡Ah!» y cayó... del susto.

Palomo, creyéndole muerto, volvió la pistola, se apuntó á la cabeza y gritó: «¡Pum!» Y cayó sobre Fernández. ¡Pobre Palomo!

Había perdido el poco seso que le quedaba.

Cuando acudió el juez se procedió á levantar á los dos caídos, y continuó la representación sin novedad.

Eduardo de Palacio.

TEMOR JUSTIFICADO



—Pues señor, yo tendría mucho gusto en decir que me gusta el sistema de Weyler; pero en seguida van á salir los periódicos echando á volar la especie de que soy contratista de víveres!

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN



—¡Este ya no me conoce, ó se hace el disimulado, desde que le han colocado en un destino de doce!



—Ya se marchó el rey de Siam y yo me he quedado con las ganas de decirle que me llevara de cantinero de la guardia...



—Tan y mientras que no manden á Cuba personas probas y dignas, aquello no se arregla.
—Eso es lo que yo digo. Que nos pongan á nosotros en las aduanas, y se verá lo que hacemos.
—Se verá ó no se verá. Según y conforme.



—Y que si no nos llaman á nosotros se pierden de seguro las colonias, y yo andaría jaj Diosa! por esas calles con el choquet de la trencilla rota.

¿Qué dirá Dios?

LA PÍTIMA DE MODA

I

Perdió un Fulánez su fortuna toda,
por desgracia, descuido... ó lo que fuera,
y quedó de la noche á la mañana
sumido en el horror de la miseria.
Tras de prolijos cálculos, vió el hombre
iguales sus recursos y sus deudas,
Y...—¡No hay camino!— murmuró;—si pago,
no quedan en mis arcas dos pesetas,
y olvidar es preciso lo que he sido
y empezar al momento vida nueva.
Los que he visto á mis plantas como siervos
que la cadena del poder sujeta
y hacen del oro un Dios omnipotente
ante el que humillan su arrogancia necia,
al verme con la blusa del obrero
(el único recurso que me queda,
pues para otro trabajo de más fuste
fáltanme educación y competencia),
se apartarán para que no los manche,
despreciarán al que ahora reverencian,
y en otro sitio buscarán, sin duda,
las migajas que caigan de la mesa.
Trabajar será honroso... pero es triste.
No puedo hacerlo, pues me faltan fuerzas...
Conque así... lo mejor...—

Y con gran calma,
buscando solución para el problema,
cogió un revólver que tenía al lado
y se metió una bala en la cabeza.
Y... —¡Ha hecho bien!... ¿Qué recurso le quedaba?—
dijo la gente al recibir la nueva...
—¿Alcanza para el pago su fortuna?...
¡Pues murió como un hombre de conciencia!

II

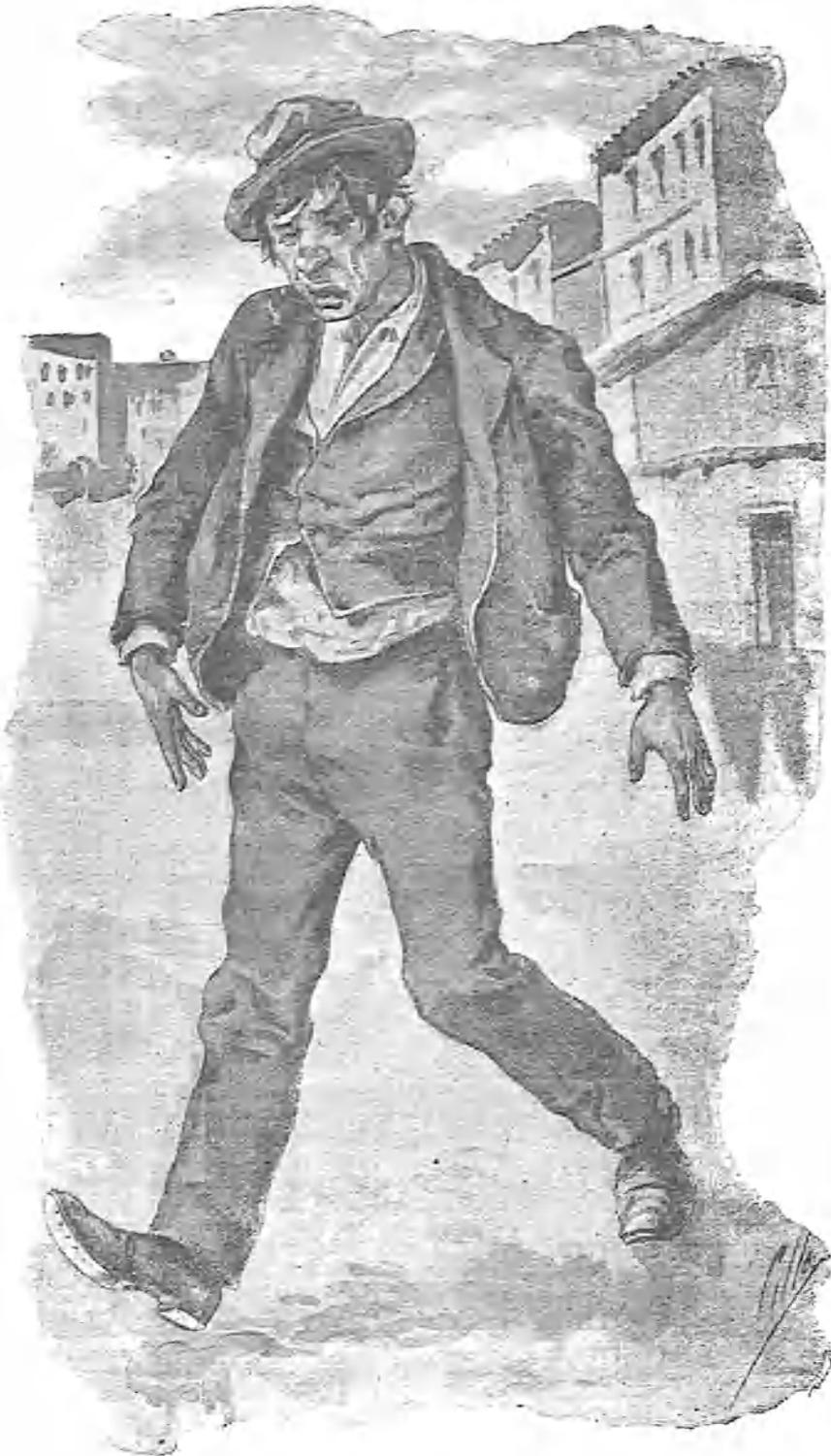
Desde su edad temprana otro Fulánez
consagró... á una mujer su vida entera...
Pasión profunda en que miraba el pobre
un mundo de ilusiones siempre frescas,
pues ni tiempo ni trato ni costumbre
vencer pudieron su indomable fuerza.
Un día, en sus designios soberanos,
dispuso Dios que la mujer muriera;
y, después de abrazarla con ternura
y besar con amor su boca yerta,
sin dar un grito que el dolor calmase,
sin verter una lágrima siquiera
Fulánez dijo:—¡Concluyó mi dicha!—
y se metió una bala en la cabeza.
Y... —¡Ha hecho mal!... ¿No hay mujeres en el mundo?—
dijo la gente al recibir la nueva.
—El tiempo vence á la pasión más honda...
¡Suicidarse por eso!... ¡Qué simpleza!...

III

Tal dirá el mundo... Pero... ¿Dios qué dice
cuando á su trono celestial se acercan
quien por algo ideal mató su cuerpo
y quien lo hizo por cosas de la tierra?...

Luis de Ansorena.

—El hombre ¿no es libre? Sí. ¡Olé! El Gobierno ¿no es libre? ¡Olé! Las colonias ¿no han llegado á la mayor edad? ¡Olé! Pues ¡viva Cuba libre! que toos somos hermanos. ¡Olé!



El estreno

ó

TRIBULACIONES DE UN PADRE

I

D. Inocente Galopín, rico labrador de un distrito manchego, leía y releía cierta noche á sus contentillos una carta de su hijo.
El buen padre no cabía en sí de gozo, porque el mismo día en que fué escrita la carta, Felipito Galopín había revelado ante el público de la corte el genio portentoso de diez generaciones de Galopines condensado en el cerebro de un estudiante de farmacia.
—Vean ustedes lo que me dice: «Estreno esta noche en el Español mi drama *Después de la tumba*, y hasta saber el resultado no

estará tranquilo. ¡No estará tranquilo! ¡Pobre hijo! Tampoco lo estaré yo. ¿Hice bien cuando no quise traerme al chico?

El Sr. Galopín miraba á todos con orgullo y hablaba un lenguaje incoherente, mezclando sus zozobras con su vanidad de padre.

—¡Dios mío! ¿Habrá gustado el drama?... Bien hice en no torcer su vocación. ¡Y pensar que ese muchacho ha estado expuesto á despachar recetas!... ¿Cómo saldré de esta duda? ¿Por qué no habrá telégrafo en el pueblo?

D. Inocente no dejó en paz á nadie hasta las diez de la noche. Cuando á esta hora se quedó solo, llamó al criado, que dormía en el desván con la tranquilidad envidiable de los brutos, le despertó y le habló de Felipe y del estreno. El infeliz criado, sentado frente á él, permanecía mudo, con los ojos entornados y la boca entreabierta, actitud que al Sr. Galopín le pareció de asombro. hasta que un ronquido formidable pudo convencerle de que el oyente no estaba asombrado, ni mucho menos.

Entonces D. Inocente se fué á la cama, á soñar despierto hasta la hora del alba.

II

Apenas comenzaba á clarear el Oriente, cuando el Sr. Galopín abandonó el lecho, donde se había acostado sin desnudarse, y salió presuroso por la carretera adelante, más de tres kilómetros, hasta hallarse de bruces, en un recodo del camino, con el peatón del pueblo.

—¿Hay carta?

—No, señor; aquí está el periódico.

Don Inocente se lo arrebató, y tendió la vista codiciosa por las planas impresas, hasta encontrar lo que buscaba.

«El drama estrenado anoche en el Español, con el título de *Después de la tumba*, valió á su autor, el joven literato D. Felipe Galopín, un legítimo triunfo. La obra está escrita en correcta y gallarda prosa, de la que ya no se usa, y al á esto se agrega que abundan los pensamientos felices y que la acción es interesante, fácilmente se explica el éxito alcanzado. Al final del segundo acto, donde el autor ha puesto la situación culminante del drama, el público, hondamente emocionado, aplaudió con entusiasmo é hizo salir á escena siete veces al Sr. Galopín. A la conclusión de la obra la ovación alcanzó proporciones colosales. ¡Bien por el señor Galopín! Autor y empresa están de enhorabuena.»

El gozo que sentía el pobre padre no le dejaba llorar fuerte, como él quisiera. ¡Su hijo valía mucho! Ahora ya se habrían convencido todos. Y le perdonó la ingratitud de no haberle escrito, cuando una carta de su Felipe sería en aquellos momentos tan útil para llenarle de besos!

De pronto se apoderó de D. Inocente un irresistible deseo de escribir á su hijo, manifestándole su entusiasmo y su cariño; y apretó á correr por la carretera hasta internarse en el pueblo, seguido de la mirada de asombro del cartero.

Cuando el Sr. Galopín llegó á su casa, encorrióse por dentro, leyó de nuevo el suelto encomiástico una, dos, diez veces, hasta aprenderlo de memoria, y comenzó á escribir un párrafo de arrebatadora ternura, animando á su hijo á continuar la senda tan felizmente emprendida.

En aquel momento llamaron á la puerta, y D. Inocente tuvo que interrumpir la escritura.

El importuno visitante era el secretario de ayuntamiento, asiduo concurrente á la tertulia del Sr. Galopín y uno de los que más desconfiaban del talento de Felipito.

Se presentó llevando en la mano un periódico y en los labios una sonrisa burlesca que pasó inadvertida para el pobre padre.

—Venga usted aquí—dijo éste,—hombre incrédulo; lea usted lo que de mi hijo dice *El Independiente*.

—¿Para qué?—contestó el secretario en tono socarrón.—Ya he leído *El Infalible*. Después de todo, no hay motivo para que el chico se desanime.

—¿Qué dice usted, hombre de Dios?—replicó indignado D. Inocente.—¡Ha sido un gran triunfo!

—¡Tanto como triunfo!...

—Sí, señor; triunfo inmenso.

—Pues *El Infalible* dice: «No puede llamarse fracaso lo que le ocurrió al drama *Después de la tumba*, estrenado anoche en el Español. En honor de la verdad, debemos consignar que revela en el autor algunas aptitudes. La versificación es fácil y fluida, lo que sucede es que no basta esto para hacer un drama, y el mismo Sr. Galopín estará á estas horas convencido de ello. Es preciso conocer la escena y saber preparar situaciones interesantes, no como aquella final del segundo acto, que el público rió á mandíbula batiente, cosa que, de fijo, no se propuso el autor al escribirla. Además, los pensamientos del diálogo son muy viejos. Cuando terminó la obra se entabló lucha entre algunos espectadores y los amigos del autor. Por fin salió ésta una vez á escena. Creemos firmemente que si el Sr. Galopín estudia, llegará á hacer cosas mejores que *Después de la tumba*».

D. Inocente, á quien hizo la impresión de una ducha la lectura del secretario, se quedó confundido, sin saber qué decir... Sentía la necesidad de hacer una protesta enérgica; pero al mismo tiempo bien se le alcanzaba que aquella opinión tenía la misma autoridad que *El Independiente*.

El secretario, compadecido, trató de consolarle:

—No es para desanimarse, ¡qué demonio! Puesto que le estába usted escribiendo, dígame que continúe cultivando sus aficiones. Ya ve usted lo que dice aquí: «Creemos firmemente que si el señor Galopín estudia, llegará á hacer mejores cosas». Aconséjale usted, sin engreírle mucho.

—Tiene usted razón. Le hablaré también en ese sentido.

El scongojado padre tomó la pluma y reapundó la carta interrumpida. No habían transcurrido cinco minutos, cuando llamaron de nuevo á la puerta; abrió el secretario y penetró en la sala el cura del pueblo, un señor tético, nuncio de malas nuevas. Triste y sombrío, casi tanto como su sotana, avanzó hacia la mesa donde escribía D. Inocente y dijo estas palabras con el tono del *requiescat in pace*:

—¡Acompaña á usted en el sentimiento!

D. Inocente levantó la cara, pálida como la de un difunto.

—Ya he leído la *desgracia*—continuó el cura.

El secretario, viendo que el Sr. Galopín no tenía ánimos para contestar, intervino diciendo:

—Si alude usted al estreno del drama de Felipe... no pueda llamarse desgracia. *El Infalible* dice...

—Nada hay más infalible que la verdad, y *La Verdad* está aquí,—dijo el cura abriendo su sotana y sacando del pecho un pe-

riódico, que comenzó á leer con voz gutural, como si entonara un responso:

«El disparate estrenado anoche en el Español es una demostración más de lo que venimos diciendo hace mucho tiempo: que da prima ver á ciertas personas emplear inútilmente en escribir un tiempo que aprovecharían invirtiéndo lo en subir baúles de la estación. Parece mentira que á un solo hombre se le hayan ocurrido tantas sandeces como hay acumuladas en el drama *Después de la tumba*. ¡Con decir que aquello no tiene sentido común!... El público protestó, justamente, en todos los tonos y en todas las formas, del absurdo concebido y dado á luz por el autor (un señor Galopín ó Adoquín), quien todavía anda suelto. ¿Pero qué hacen esas autoridades?»

—Creo—dijo el cura doblando el periódico y guardándolo cuidadosamente—que ya no abrigará usted dudas respecto á lo que tantas veces le he dicho. Su hijo de usted pierde el tiempo y el dinero; nunca será boticario ni hará cosa alguna de provecho, por empeñarse en seguir un camino que Dios no le ha trazado. Usted, que es su padre, hará lo que le dicte su conciencia; pero yo creo que debe amonestarle para que desista de su loco empeño.

Don Inocente, mirando al *pater* con embobados ojos preñados de lágrimas, murmuró tímidamente:

—Sí, señor. Ahora mismo voy á aconsejarle en este sentido.

Y el Sr. Galopín, loco de dolor y sin saber lo que hacía, terminó la carta para su hijo.

III

Algunas horas después, entre la correspondencia que el correo conducía á Madrid, iba una carta concebida en estos términos:

«Querido hijo: ¡Bendita sea la prensa que me trae noticias de tu triunfo! ¡Eres un genio... un asombro! ¡Tu gloria la considero mía! Tu prosa galarda... las llamadas á escena... ¡Aquel final del segundo acto!...

Esto no quiere decir que te desanimés; ¡nada de eso, hijo de mi alma! Malo es que se te hayan reído cuando querías hacer llorar; pero, en fin, los versos eran bonitos, y así estudias...

Créeme á mí, hijo de mis entrañas: para hacer esas sandeces y exponerte á ir á la cárcel, más vale que no vuelvas á pensar en el teatro. Dios no te llama por ese camino. Cree á tu padre que te adora.—Inocente.»

Luis González Gil.



Amorosa.

¿Que nunca me querrás? ¡Pronto lo has dicho!
Eso no es voluntario. ¿Tú qué sabes
si en el desdén se templarán las armas
que tengo que emplear para domarte?
No quisiera pecar de vanidoso,
pero es lo más probable
que halle en la resistencia,
que sirve á los deseos de acicate,
misteriosos acentos de ternura,
tristes gemidos de pasión que a-tallen
y el alma te conmuevan, y te enseñen
los secretos de un mundo más brillante,
placeres para tí desconocidos,
remedo de la gloria de los ángeles...
¿Que estás harta de amor? Será del otro,
del que arrolla con ímpetu salvaje
y pasa como el rayo por la nube
donde se forja, brilla y se deshace.
Pero del que en el alma
penetra lentamente, y crece, y arde,
bañando de dulzuras infinitas
los labios que se besan sin tocarse,
del que causa emociones
más puras, más intensas, ¿tú qué sabes?

.....
¡Voto va á Dios! Estaba por decirte
que has empezado, sin querer, á amarne.
¿Qué no? Pues ya me escuchas más atenta
que has escuchado á nadie,
y hallas en mis palabras, que no entiendo,
música deliciosa, notas suaves
que adentro, en lo más hondo, te producen
cierto gozo inefable
que no sabías que existiera. ¡Un gozo
que no es precisamente el de la carne!
Tus ojos garzos que, atrevidos siempre,
provocaban audaces,
se húmedecen, se entorpecen, ya no miran
como mirabas antes!
En tus mejillas la emoción delatan
oleadas de sangre...
Sientas placeres nuevos, verdad, hija?
Pues eso es el amor. El bueno, ¡el grande!

Sinesio Delgado.

¿Los ven ustedes?



Pues son tres personas serias, formales, bien acomodadas, que se pasaron más de tres horas de pie en la Puerta del Sol esperando que pasara el rey de Siam, por el gusto de conocerle.

Historia corta.

«Yo te quería si fueras de los que en varias esferas hacen célebres sus nombres; si en algo sobresalieras de todos los demás hombres; si fueras un gran pintor, torero, sabio, tenor... vamos, un hombre de genio; si ganaras como autor los honores del proscenio.»

Dicho y hecho, el pretendiente juró conquistar el brillo que pedía la exigente. Se hizo autor. Naturalmente, esto era lo más sencillo.

Pasó el hombre más sudores que resisten entre siete, pero por fin sus amores le inspiraron un sainete después de cien borradores.

Leyó á una empresa su obra, y como era un principiante, la empresa, muy... tolerante, le dijo:—Si usted no cobra, la estrenamos al instante.

A él le importaba un ardite —*para avis*— cobrar ó no, y pensando en su desquite, la condición aceptó como quien toma un confite.

Era aquel sainete bueno y fué un éxito el estreno, aunque no era de esperar, No se movió ni un *moreno*. ¡Caso más particular!

Ebrió el autor de alegría, salió á escena el día aquel, y en un palco vió á la impía... ¡con un torero que había sobresalido antes que él!

Rafael López de Haro.

Libros.

La Gaceta Anual, con el extracto de las disposiciones publicadas en 1896, editada por los señores Bailly-Baillière é Hijos, es de todos los anuarios el único que condensa, aunque brevemente, todo lo que se publica, no sólo de interés general, sino de fadole particular y ana personalísima, como las leyes de carreteras, las concesiones de ferrocarriles, las reales órdenes comunicadas sobre aguas, puertos, obras, el movimiento del personal de todos los ministerios, los balances de los Bancos y Sociedades industriales y mercantiles y otras muchas cuya variedad sólo puede apreciarse hojeándolo. Va adicionado este año por su autor, el Sr. Lara y Pedrajas, con la *Ley de procedimiento administrativo*.

Flores de luz, poesías de autores extranjeros; puestas en rima castellana por D. Jaime Martí Miquel. Forman el tomo 51 de la *Biblioteca selecta*,

que publica en Valencia con gran aceptación D. Pascual Aguilar. Véndese al mismo precio que los anteriores, ó sean 50 céntimos.

El Fausto, estudio interesantísimo sobre la famosa leyenda, por el ilustrado escritor D. Salvador V. de Castro.

Ecos de la guerra, poesías patrióticas, por el aficionado D. Braulio Rodríguez López. Precio: 10 centavos.

Cantos... ¡rodados! Colección de composiciones en verso de D. Alfonso Arizmendi. Precio: 50 céntimos.

La gloria póstuma, novela psíquico-social injerta con un caso histórico, por D. Ramón Suárez de Figueroa.

Llimalla, poesías en catalán de D. S. Borrut y Soler, con un prólogo de D. José Barbany. Precio: 25 céntimos.

Esmeradamente editado por la casa Bailly-Baillière é Hijos, se ha puesto á la venta estos días un libro titulado *Las grandes ideas*, del cual es autor nuestro querido compañero en la prensa Juan de la Presa.

El libro es amenisimo y muy instructivo. La idea del autor es divulgar conceptos emitidos por pensadores de gran autoridad en forma agradable, y á nuestro juicio la obra llena los fines perseguidos por el Sr. La Presa.

Como y por qué se perdieron las colonias hispano americanas. Libro de gran actualidad en que su autor, D. Enrique Manera y Cao, examina con detenimiento las causas de la desmembración del territorio español. Si el Sr. Manera hubiera retrasado un poco más la publicación de su obra, hubiera podido estudiar también, de paso, los motivos de la pérdida de las restantes, para lo cual no le estorbarían los datos que habrían de proporcionarles los periódicos de gran circulación, convertidos de repente en autonomistas.

El cocinero de S. M., zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa, original de D. Gonzalo Cantó y D. Eduardo Montesinos, música de los maestros Valverde (padre é hijo), estrenada con gran éxito en el teatro Eldorado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un ripioso.—No; no es que se rechacen sistemáticamente. Es que los imitadores de López Silva no se contentan con cultivar el género (lo cual tendría únicamente el defecto de la falta de novedad), es que toman de él giros, frases enteras, nombres propios, ideas; en fin, no hacen imitaciones, sino calcos. Claro que sin querer, pero eso resulta. Si la imitación consistiera en pintar tipos y costumbres de la clase baja, santo y bueno; pero ¡es que no se puede hacer sino en forma de diálogo, y con las palabras de cajón! ¡La cuestión es ésa!

Sansón y Dalila.—Y voy á tener que decir lo misma de las reanuden-

cias, fruslerías, humoradas, etc., etc. Todas se parecen. No se han desarrollado en esa forma, hasta la fecha, más que media docena de pensamientos. ¡Siempre los mismos!

Sr. D. R. G.—Ninguna de las tres es propia de la índole de este periódico.

El comprador constante.—Tantísimas gracias.

Sr. D. A. A.—No está mal del todo el romancillo, pero el asunto es tan personal que no hay por qué contárselo a nadie.

Cascabel.—Pero si nos es imposible publicarlo, ¿para qué va usted a enviar la firma?

Pen. T. Cos. 2 Tr.—No; faltas de verificación no tienen. Lo que hay es que carecen de novedad en absoluto.

Pisca.—Niego en redondo el derecho de los principiantes a publicar aquí sus cosas. Las imprentas están abiertas para todo el mundo. Y pagando la impresión puede ver cualquiera sus versos en letras de molde. Pero eso de que la pague yo sólo porque a un majagranza se le ocurra que escribe como el propio Zorrilla no me parece razonable. ¿Ha comprendido usted?

Manolo Gázquez.—Es demasiado triste. ¿No le parece a usted que se despegaría de estas columnas?

El de otras veces.—Salva sea alguna que otra asonancia, la forma está bien. ¡Lástima de vulgaridad de asunto!

Sr. D. R. L.—Se publicará una. La otra está trasnochada efectivamente.

Quien menos se piensa.—Tanta razón tiene usted que... lea usted el último número de Diciembre. Gracias por los elogios del final.

Demóstenes.—Sí es algo vulgar todo eso; pero revela que usted puede hacer cosas bonitas en cuanto se le antoje.

¿Cómo empieza?—Pues... medianamente, como usted mismo sospecha.

Hay que tener mucho cuidado con la medida, con los acentos, con las asonancias, con todo. No; no se puede decir *falses por falsedad*: Lo primero no es castellano.

Sr. D. F. A. de C.—Se publicarán unas cuantas.

Memo.—Publicaré un cacho. Alla va:

«Eres bella cual un lucero
dulce como la amapola
ya para mí no hay más hermosa
pues me tienes loco...»

Y ya se conoce, ¡porra!

X. Y. Z.—No recuerdo la composición a que alude. Puede ser que no tuviera espacio para contestar, y sea de las que se quedaron sin respuesta. Pero todo lo que se admite se publica.

Sr. D. R. C.—Quisiera complacer a usted, pero ¡es tan inocente el epigramita!

S. D. E. P.—Agradezco sinceramente sus ofrecimientos, que utilizaré con mucho gusto cuando llegue el caso... si llega.

Uno.—Sí, señor; hay una edición del *Quijote* en verso, hecha por Carrillo de Albornoz, según creo. Consta de dos tomos. Y probablemente en la librería de Fe podrá usted encontrarlos.

Tamborilero.—Si toca usted el tamboril como escribe poesías, saldrá de las romerías... ¡entre la guardia civil!

Morros.—No sirve. Es decir, sirve, pero no quiero decir a usted para qué.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SACUDIDORES DE JUNCO Y DE ORILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el envío del paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.100.

Despacho: Todos los días de 10 a 2 y de 4 a 6.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 11 600.